

ZAI BATSU

ZAIBATSU

Diana P. Morales

Primera edición, 2015

© Diana P. Morales, 2015

© Triskel Ediciones, 2015

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ALL RIGHTS RESERVED

978-84-943146-9-8



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5, 3ºB

41009, Sevilla, España

Triskeediciones@triskeediciones.es

www.triskeediciones.es

Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.

EDITADO EN ESPAÑA

PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

*Gracias a Carmen, mi asesora científica particular, a
Marta, que es la primera que lee lo que escribo, y a Javi, que
estuvo siempre ahí, animándome a terminar esta novela y a
sacarla a la luz.*

PREFACIO

"En nuestro mundo el cielo no es azul.

Hace muchos años que el sol dejó de ser una esfera cálida, reconocible; su presencia tan sólo se intuye tras las capas de anhídrido carbónico, plomo y azufre de nuestra atmósfera agónica.

Las antiguas ciudades han sido devoradas por el avance de los desiertos, o yacen anegadas por maremotos, tormentas eléctricas, o arrasadas por huracanes. Ahora nos refugiamos dentro de las burbujas. Son zonas protegidas por el ejército y su uso está restringido a los numerados.

En nuestro mundo cada ciudad, resguardada en una burbuja, ha crecido en torno a una Compañía, uno de los poderosos conglomerados de empresas fruto de la lluvia desatada de fusiones de hace más de un siglo. Y cada ciudad alberga a no más de veinte millones de ciudadanos empleados por la Compañía, identificados, codificados, *numerados*.

Los ciudadanos vivimos en la Burbuja, que nos protege de las inclemencias de un clima extremo, del aire nocivo, de las radiaciones ultravioleta que destruyen la vida en un planeta sin

ozono. Los que pertenecemos a una Compañía, estamos a salvo.

Fuera de las burbujas, el mundo se muere.

Éste es nuestro mundo."

**Maya d'Hont (Visiones de realidad, Grand Jersey 2.171
DC)**

ADVERTENCIA

Por su propia seguridad, la narración y los documentos aquí presentados deben ser leídos capítulo tras capítulo, sin saltarse ninguno, y en el orden en el que se presentan. Es extremadamente importante que siga este consejo o su propia existencia podría estar en peligro.

Si sigue el orden recomendado llegará al final y entonces entenderá por qué.

Lo entenderá todo.

Sandor Hero

Numerado 1.999.545 de la Burbuja de Grand Jersey

1

"La evolución está bien para las plantas y los animales: los seres humanos ya hemos llegado donde teníamos previsto llegar desde el principio de los tiempos."

Libro de Hbot, Introducción

<Material procedente de la filmación sensorial de Sandor Hero>

< 27-Enero-2.177>

<07:15 AM>

Me levanto tan temprano como siempre, dejando a Michelle dormir un poco más, y me desperezo mientras por la ventana del dormitorio observo la ciudad: ese amasijo de rascacielos imposibles, alzándose, orgullosos –prepotentes, incluso– hacia el oscuro cielo de la burbuja que nos protege.

Desde aquí arriba veo cómo, a ras del suelo, los ómnibus se van cruzando en silencio con monótona regularidad. Apenas hay gente en las avenidas. La poca luz solar que atraviesa el opaco techo de la Burbuja que cobija la ciudad y la luz artificial

de las farolas iluminan el exterior de forma tenue. Grand Jersey es una ciudad gris, a media luz, hecha para la prisa y el trabajo. Una ciudad de hoy.

“Esta jornada disfrutaremos de un día espléndido en nuestra Burbuja” –anuncia la voz suave, femenina, átona, de la emisora de La Compañía. *“La temperatura oscilará entre 19° de mínima y 22° de máxima. Humedad, 64%, probabilidad de terremotos, 3’4%.”*

Contemplo un momento la delgada y pequeña figura de Michelle, aún dormida, enroscada sobre sí misma como un cruasán dorado y delicioso. El pelo, una melena ondulada y castaña hasta los hombros, le hace parecer una niña traviesa. Dos años hace que estamos casados, y ya conozco sus ruidos y sus posturas; como su manía de acariciarse el lóbulo de la oreja cuando, en algún debate público, no está segura de qué decir. Para mi orgullo, Michelle es la Senadora más joven de nuestro Consejo.

Cruzo nuestro pequeño dormitorio (casi todos lo son en Grand Jersey) hasta el servicio, para mi aseo matutino. El habitáculo es diminuto, pero, eso sí, tenemos una de esas bañeras redondas que ocupa casi la mitad de la estancia –un capricho de la niña rica que sigue siendo Michelle en el fondo–. Me ducho con rapidez y, tras secarme, me afeito rápidamente; mi rostro, de barbilla cuadrada y tez morena, siempre me ha resultado anodino, como cualquiera de los otros miles de rostros de la Burbuja.

Me enfundo un traje color gris oscuro, que se ajusta perfectamente a mi cuerpo. *“Otro feliz amanecer para la*

Compañía” prosigue la voz de la Emisora que se escucha en todo el apartamento, en todas partes: “*Nuestras acciones han subido 1,2 enteros en el último semestre*”.

Salgo al salón a tomar un café: esta habitación tiene casi todas las paredes cubiertas de pantallas y mandos de Augusto, el ordenador central de la Burbuja, excepto la pared donde está la ventana sin cortinas. Nos acoplamos a Augusto por medio de los PUNS o puertos neuronales, injertados en nuestro cerebelo desde que nacemos. Casi todos los ciudadanos lo usan a diario para comunicarse y estar al día de las novedades. Augusto me informa enseguida de que tengo dos mensajes.

—¿Sandor? —la voz amodorrada de Michelle llega desde el dormitorio. Siempre se medio despierta cuando me voy, aunque casi siempre se vuelve a dormir después otra vez; entra a trabajar bastante más tarde.

—En el salón —le contesto. Voy a visionar los mensajes, aunque sé que no son importantes. Son de Yukio, el coordinador jefe del equipo en el que trabajo; es un buen hombre, algo mayor. No sé cómo se las apaña, pero nunca está seguro de estar cumpliendo bien los encargos que nos manda el Consejo de la Burbuja, generalmente mediciones de contaminación y pruebas varias, sin ninguna trascendencia. Puedo imaginar su rostro si cierro los ojos mientras escucho su voz cerca de mi tímpano derecho.

—Hero, ya habrás visto el encargo para esta semana. De verdad, no tengo claro si se nos pide el típico informe de radiación electromagnética dañina—dice Yukio. Hace mucho

ruido al respirar, supongo que, como muchos ciudadanos de su edad, habrá sufrido ya varias operaciones de cáncer que, en su caso, le deben haber destrozado los pulmones. Eso le hace parecer mayor; pero no tiene aún los 50.

—... O, quizá lo que nos piden es —sigue diciéndome— ya sabes, las consecuencias para los pasajeros, como hace tres semanas.

Como imaginaba. Siempre las dudas. No sé cómo se las ha apañado tanto tiempo sin mí. Me pone nervioso.

—No lo sé, Hero. Y no sé si llamar a la Decana de Ciencia, esa Laura Firenzi. Ya sé que me has dicho que debo llamarla cuando tenga dudas, pero por alguna razón —toma aire con fuerza— al final, no sé, nunca lo hago. Te digo que alguien debería clarificar los encargos. Aunque ya hablaremos cuando llegues, pero no olvides... —

Cierro el mensaje. Ni siquiera voy a ver el otro, ¿para qué? Pobre Yuk, en realidad me da un poco de pena. Pronto voy a ocupar su cargo, estoy convencido.

Tomo unos sorbos de café mientras escucho cómo Michelle entra en el baño. Hoy debe haber sesión del Consejo, si no, Michelle seguiría en la cama, seguro. Es una dormilona. Pongo las noticias:

“(...) hoy: reunión del Senado para discutir la Proposición Logan de Seguridad Interna” La imagen del Senador Logan inunda nuestro pequeño salón: como es holográfica, parece que esté sentado junto a mí; incluso parece mirarme. Es un hombre huesudo, canoso, que habla con parsimonia, como muchos políticos:

“Como todos saben, mi única preocupación es la seguridad y el bienestar de los ciudadanos de la Burbuja. Creo que mi Proposición de Seguridad conlleva una serie de medidas, de muy fácil aplicación, que garantizará que el Consejo pueda tener acceso a información privada de los delincuentes, para facilitar las detenciones”.

La voz en off de la presentadora del noticiario comenta que un tercio de los senadores está en contra de esta propuesta, mientras la imagen de Logan desaparece para dejar paso a la de Michelle, muy elegante con su uniforme de senadora, y que habla a la audiencia segura de sí misma.

“Yo sólo tengo que preguntarle al senador Logan: ¿Sabe usted que el índice de delincuencia está por debajo del 1,8% en estos momentos? y ¿Ignora usted que esas medidas atentarán contra la intimidad de los ciudadanos?”

—¡Michelle! —grito, para que me escuche desde el aseo— estás saliendo en las noticias...

Hace seis meses que la nombraron senadora, pero aún me emociono al verla en acción. La Michelle real llega al salón, cubierta sólo con una toalla que deja al descubierto sus hombros, y se sienta junto a mí, justo a tiempo de oír a Logan referirse —como suele hacer— al peligro de los *Inadaptados*. “*Y ahora, economía: las relaciones entre Grand Jersey y Montreal...*”. Bajo el volumen.

—Ese Logan me pone de los nervios —murmura Michelle, mientras toma un sorbo de mi taza de café—. ¿Se me nota?

—En absoluto. —Aprovecho para rodearla con mi brazo. Huele a ducha reciente, a jabón y a esa mezcla peculiar,

dulzona y sensual, que sólo consigue la colonia sobre el cuerpo de Michelle. Acaricio su hombro derecho, en el que se destaca una pareja de lunares gemelos. Se los beso. La piel está fresca.

—¿Por qué no nos retrasamos hoy un poco? —le digo, aunque sé la respuesta de antemano. Es tan responsable...

Ella se ríe. Apenas aparenta sus 33 años, con esos ojos enormes, que parecen siempre burlones.

—Pero Sandor... nadie lo entendería; después de tanto tiempo de casados... —Me besa tiernamente y después nos quedamos un momento abrazados. Ella me da un último beso detrás de la oreja, y se levanta para ir a vestirse.

—No te olvides las pastillas de hoy, Sandor.

—Nunca me olvido. —Siempre me está recordando que tome mis complejos vitamínicos, como a un niño pequeño—. ¿Cuáles tocan hoy, princesa?

—Consúltalo tú con Augusto, San —me dice ella desde el dormitorio—. A mí me llevaría mucho más tiempo, ya lo sabes.

Como estoy acoplado, recibo en un momento los datos de mis complejos vitamínicos y energéticos. "*Rendir el doble en la mitad del tiempo es siempre más provechoso que al contrario*" nos dice el Libro de Hbot. No sé por qué, muchas mañanas se me viene a la cabeza esa máxima. Tomo mi dosis diaria de *vitalive plus* y *redivive*, tal como me indica Augusto, el ordenador central.

Michelle vuelve, ya vestida en un traje de tono rosa pálido.

—¿Quieres algo más de *Augusto*? —le pregunto, mientras terminamos el café y el bizcocho en un par de bocados rápidos.

–No... –responde ella– ah, sí, un momento: ¿Cuál es la previsión de *lux* para el viernes? Recuerda que hemos invitado a comer a la Decana de Ciencia, la Firenzi. Me gustaría que fuera un día luminoso, para variar.

–150 *lux* es la previsión, princesa. Menos aún que hoy.

–Bueno, comeremos en un restaurante entonces. En *Le Parisien* siempre tienen una cantidad de luz solar adecuada.

Le Parisien es uno de los mejores restaurantes de la ciudad: está situado en la parte superior del edificio Excelsior, el más alto de la Burbuja, diseñado para recibir la mayor cantidad de luz solar sin perjuicio para la piel. Hay colas enormes para conseguir una mesa; pero una senadora seguro que no tiene problema. Me desacoplo automáticamente y me acerco a Michelle, que se está maquillando los pómulos frente al espejo de la entrada. El flequillo, aún mojado y fresco, le cae sobre la frente, casi tapándole los ojos.

–Como quieras, si quieres *Le Parisien*, será *Le Parisien*. – Coloco su flequillo a un lado, y le beso los párpados.

–Es por tí y por tu carrera, San. –Se separa un poco de mí para seguir pintándose los labios.

–Lo sé, lo sé, pero me aburren esas cenas sociales. Soy un científico, después de todo. Y tengo que ver a la Firenzi muchas veces en el trabajo, ¿recuerdas?

Y nadie soporta a la Firenzi. Pero me abstengo de decírselo: ella y Michelle estudiaron juntas en la Universidad de Grand Jersey hace 10 años y, aunque no son exactamente amigas,

tienen una buena relación y se ven en todos los encuentros anuales de su promoción. Prefiero cambiar de tema.

–Sigo sin entender cómo puedes vivir todavía sin puerto neuronal, Michelle. ¡Estamos casi en el siglo 23! –Su imagen en el espejo me sonrío mientras termina de peinarse–. Ahí la tienen, señores, mírenla bien: Michelle Desir, toda una retrógrada y además, ¡senadora!... –Ella me golpea suavemente con el puño, de broma.

Entonces me sonrío y me dice, traviesa:

–Ven.

Me acerco y me besa los labios antes de salir.

<8'10 b>

En el ómnibus, me siento –como de costumbre– junto a uno de los grandes ventanales del vagón. Aunque fuera no hay mucha claridad, me gusta ver los pequeños intentos de espacio abierto que permite la limitada superficie de nuestra Burbuja. La avenida Pacificación, que tiene árboles, o uno de los cinco parques para niños, con plantas, pájaros y un pequeño estanque. Por lo demás, las calles que atraviesa el ómnibus son oscuras, con enormes edificios a cada lado, tan altos que es difícil vislumbrar el final desde la ventana del vagón. Pocas personas caminan por el exterior.

En el interior del vehículo casi todos los asientos están ocupados. El vagón es amplio y muy limpio, con el delicado

olor al aire acondicionado perfumado de los edificios públicos de la Burbuja. Los asientos, alineados en cuatro filas, disponen de su propia mesita, con pantallas que retransmiten el informativo de la Burbuja.

Me acoplo para llamar a la oficina.

—¿Julie? Voy a empezar a tomar ya datos de radiación. Voy en el Vagón... 2113, destino al Parque Tecnológico.

La voz de la chica me responde:

—Magnífico destino para un sub como tú. —Ríe. Julie es una de las colaboradoras, más joven; es alegre e irónica y noto por la voz que está fumando—. Pensaba que elegirías el distrito del Senado, que rebosa Clase A. Yo empezaré a tomar datos en dirección al Parque Natural.

—Llama a Winston y a Pablo para que hagan lo mismo y nos vemos luego en la oficina, digamos, sobre las 10h.

—Más bien a las 10,30h. Seguro que Winston no llega antes.

Inserto una tarjeta en mi minúscula entrada de datos junto a mi nuca. Comienzo a tomar datos electromagnéticos mientras que, como cada día, mi grabador sensorial filma, directamente, lo que observan mis ojos, lo que oyen mis oídos. No sé cómo antes podían conformarse con las insulsas fotografías —o peor aún, con la imperfección de la memoria— para recordar las cosas.

Nos acercamos al Parque Tecnológico, que está cerca de los límites de la Burbuja; casi no hay edificios en la zona, excepto los del propio Parque. Una pareja de señores mayores disfruta del Holo de Presentación del Parque Tecnológico: visitantes.

Son una plaga, pero necesaria para conseguir fondos para la investigación. Varias personas ocupan el resto del vagón; quizá trabajadores que comienzan su turno.

De pronto, me fijo en una chica que acaba de subir: insultantemente joven (no debe tener ni 16 años), nada exuberante, nada de trajes transparentes, como llevan hoy casi todas las jóvenes. Y a pesar de todo, es una joven de hoy, no hay duda: no hay más que ver sus ojos rasgados, chinos, y el pelo lacio, pelirrojo –como las cejas–, apenas le llega a los hombros.

Su cuerpo huesudo y flexible, aún en edad de crecer, contrasta con la tranquilidad de su mirada, y con esos hombros decididos, erguidos. Es la imagen de la ingenuidad, la frescura, no exenta de algo de arrogancia. Además, se dedica a mirar por la ventana, como yo, y se niega a mirarme, a pesar de que sabe –tiene que saber– que la estoy observando. No, no es que piense en acercarme a ella; Michelle es todo lo que necesito y no me arriesgaría a perderla. Pero algo en ella me llama poderosamente la atención. Quizá es su ceño fruncido, sus ojos alerta. Parece estar esperando algo. De pronto, me mira. Son apenas dos segundos, pero es como si quisiera decirme algo. Incluso creo que abre la boca un milímetro.

Pero entonces todo ocurre.

Las contraventanas de metal empiezan a cerrarse una tras otra. Sus chasquidos (clac, clac, clac) se confunden con el murmullo de los pasajeros mientras vamos quedándonos sin

luz. Entreveo a la chica que corre hacia el fondo del vagón. Y de pronto estamos a oscuras. Y el ómnibus da un frenazo.

La gente chilla. Mi cuerpo choca contra la mesita. Oigo gritos. El vehículo chirría hasta quedar detenido del todo.

Por fin, las puertas se abren con un ruido metálico, inusual. Del exterior una docena de hombres con uniforme, armados, entra a tropel en el vagón. Voces. Pisadas urgentes. Van armados y algunos llevan linternas que apuntan al suelo, a los asientos, a nuestros rostros.

—Que nadie se mueva. —La voz es autoritaria y nadie desobedece.

El corazón me late con fuerza cuando un haz de luz me apunta a los ojos; los aparto, deslumbrado. Y sigo contemplándolo todo. Filmándolo en mi tarjeta de datos. Buscando entre los puntos de luz que bailan de un lado a otro el rostro de la chica. Alguien exclama “¡Allí!” Y suenan disparos. La pareja de ancianos grita. Más disparos.

Mierda. Me levanto para intentar ver mejor lo que ocurre.

—No se preocupen. Somos rectificadores.

—Es sólo una sospechosa.

—Somos *rectificadores*. No ha pasado nada. Olviden todo esto.

Ahora que mis ojos se han acostumbrado a la escasa luz, puedo ver cómo arrastran el cuerpo fino de la chica por el suelo del vagón, dejando un rastro de sangre sucia, sin importarles que su cabeza se golpee varias veces con los salientes de los asientos. Ya va muerta, deduzco.

La sacan fuera, con movimientos torpes. Son hombres grandes, y muy fuertes, ¿no podrían haberla cogido en brazos?

Después las contraventanas se abren; recuperamos la luz y veo cómo la veintena de personas que ocupaban el vagón parece ilesa, como yo. Murmuran durante algunos minutos, hasta que el ómnibus abre de nuevo su marcha.

Yo tengo la boca seca. No puedo dejar de mirar el rastro de sangre en el suelo, que todos los demás parecen ignorar obstinadamente. Algunos han vuelto a mirar las noticias; otros leen. Es como si nada hubiera pasado.

La pareja de viejos mira por la ventana el Parque, sonrientes, señalando una de las Torres Curvas que lo han hecho famoso.